

INTRODUCCIÓN

CANASTOS Y REPISAS

Hojas encartonadas y frutas cartoneras

Por: equipo TRansHisToria)*

—María Sol Barón Pino y Camilo Ordóñez Robayo—

Los libros no se pesan, usualmente se miden pero no se pesan. Esta es una condición implícita en la clasificación topográfica a que son sometidas la mayoría de publicaciones impresas para ser ubicadas en un fondo bibliográfico o en un archivo, cuando las dimensiones de alto y ancho del libro son consignadas en una base de datos, lo que permite imaginar su tamaño al consultar ciertos ficheros. Por otra parte, la gran mayoría de libros incluyen una numeración de páginas que contabiliza la totalidad de folios y hojas que lo componen, tal numeración permite navegar en su contenido con mayor facilidad. Una y otra condición suponen unidades de medida aplicadas a cada publicación, sin embargo, es escasa la ocasión en que los libros son pesados para estimar su volumen.

Justamente, la valoración de las materias primas que históricamente han servido para la confección del libro, el papel y el cartón, sí suele tasarse en indicaciones de volumen contra

* Conformado desde 2008 el Equipo TransHisToria) desarrolla proyectos de investigación y creación en torno a problemas de la Historia del arte y la Cultura Visual en Colombia. Barón Pino es profesora Asistente de Planta en el Departamento de Artes Visuales de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, y Ordóñez Robayo es profesor de Cátedra del mismo departamento y en la Facultad de Artes ASAB de la Universidad Francisco José de Caldas. Contacto: www.transhistoria.laveneno.org

peso y dimensiones, pues acorde a una estimación en gramos —como medida de volumen— estimamos el grosor y calidad de un tipo de papel o cartón determinado, y es también en gramos, kilogramos, libras, arrobas y toneladas que el papel y el cartón es estimado cuando posiblemente retorna a un mercado como materia de reciclaje luego de cumplir su ciclo útil, o resultar como retal desecho de procesos productivos, tanto artesanales como industriales.

Aquella valoración del papel, y en particular del cartón, antes y después de su estimación como insumo dentro del libro como producto terminado, es la que impulsa y hace materialmente posible el proyecto Libro Contable, desarrollado por el Colectivo Amapola Cartonera gracias a la Beca de Creación Arte y Naturaleza, otorgada por el Instituto Distrital de las Artes (IDARTES) en 2013.

De hecho, la totalidad del trabajo adelantado por Amapola Cartonera no pierde de vista esta condición. Desde hace dos años Carlos Baena, Leonel Fonseca y Rodolfo López conformaron una plataforma de trabajo colectivo en artes visuales y literatura que se ha centrado en la publicación independiente de libros hechos en su taller: impresos en Offset o fotocopia, encuadernados en cartón obtenido de cajas de embalaje descartadas, y pintados a mano en sus cubiertas.

Todo esto, motivado a partir de pautas impulsadas por una buena cantidad de editoriales cartoneras que han surgido a nivel continental en los últimos años tras el ejemplo del Colectivo Eloísa Cartonera, que ya completa más de diez años publicando libros encuadernados en cartón comprado a recicladores callejeros en el sector de La Boca en Buenos Aires.

En 2011 Eloísa Cartonera participó en la programación de talleres pedagógicos del Encuentro Medellín (MDE11), y fue en este escenario cuando Carlos Baena conoció de cerca el trabajo adelantado por los argentinos, el cual sirvió de motivación para conformar una editorial cartonera, con intereses y procesos semejantes. A partir de entonces, Amapola Cartonera desde su taller en el barrio Siete de Agosto en Bogotá, ha propiciado la publicación de más de veinte libros.

Como ha sucedido con la cartonera fundadora en Buenos Aires y otros pares latinoamericanos como Dulcinea Catadora (Sao Paulo, Brasil), Animita Cartonera (Santiago de Chile) y Sarita Cartonera (Lima, Perú), el trabajo desarrollado por Amapola Cartonera ha dado mucha importancia a los escenarios de creación generados en los procesos de edición de los libros que publican, cuando diferentes comunidades participan en talleres de creación visual, literaria o de pintura de portadas, a lo que Santiago García Navarro de Eloísa Cartonera se ha referido como “escultura social”*, espacios donde se tejen relaciones e intercambios, un elemento estructural de las editoriales cartoneras.

Entonces, el taller de Amapola Cartonera se ha convertido en el nodo de los proyectos artísticos impulsados por el grupo a través de talleres de creación literaria y visual, en diálogo con comunidades particulares, enfocados a la publicación de textos inéditos de escritores locales contemporáneos, o a la reedición de textos de autores colombianos que vuelven a circulación como los cartones que sirven de carátulas y que retornan enriquecidos por los motivos generados en

* Así lo manifestaba García en la entrevista que se incluye en la Guía de la 26° Bienal de San Pablo, en 2006.

los talleres de pintura donde sirven como soportes; de una u otra manera, estos talleres propiciados por los miembros de la cartonera bogotana siempre insisten en involucrar actores o comunidades, que establecen intercambios creativos con el colectivo.

Esta categoría de “intercambio” tan arraigada en la acción de las editoriales cartoneras resulta esencial en el desarrollo del proyecto Libro Contable. Para empezar, y contrario a lo habitual en otros proyectos editoriales de “la Amapola”, en este, el ejercicio de intercambio implicó escenarios del campo y la ciudad, y en consecuencia, un canje de insumos o productos entre actores de uno y otro lugar, dando pie a una sucesión de permutas materiales y simbólicas que acompañan todo el desarrollo de Libro Contable.

Esta vez, la primera labor de la Amapola no consistió en adquirir cartón de reciclaje, su primera labor consistió en identificar un elemento de intercambio precarizado y dispuesto en entornos rurales cercanos a Bogotá que, luego, canjearían por cajas de cartón en las calles del barrio Siete de Agosto y alrededores; “precarizado”, porque los altos costos del transporte y el bajo costo de los bultos, canastos y guacales de mandarina, mango, maracuyá, limón y naranja entre otros, no logran generar un valor de cambio que justifique el trabajo de acopio, transporte y venta para los campesinos de estas regiones; y “dispuesto”, porque tal condición ha propiciado que en muchas ocasiones estas cosechas se queden apiladas en las parcelas o a la orilla de los caminos veredales hasta que se descomponen.

Su diagnóstico los llevó a identificar a una buena cantidad de “cosechas a pérdida” en varias poblaciones fruteras cerca-

nas a Bogotá, y desperdigadas por laderas de "tierra caliente" hacia el occidente del departamento de Cundinamarca, cerca de los valles del Magdalena y el Rio Negro donde antaño habitaron los aguerridos Panches. Eligieron las veredas de la inspección La Virgen en el municipio de Quipile para ofrecer la compra de la fruta cosechada para la temporada de diciembre, negociaron directamente con cultivadores, colaboraron en la recogida de fruta, y realizaron talleres de pintura dirigidos por Nohra Bohórquez para preparar algunas portadas del Libro Contable, donde se consignarían las vivencias de este y todos los procesos que propició el proyecto.

De regreso a Bogotá, Amapola Cartonera se constituyó en una intermediaria de aquella fruta, que quizá se hubiese echado a perder sin llegar a consumidores en la ciudad. Durante cinco días residentes y trabajadores del Siete de Agosto y otros barrios aledaños fueron testigos y participantes del ejercicio de dos carretillas impulsadas por el colectivo, acompañadas de un sonoro y popular pregón que anunciaba entusiastamente el trueque de fruta fresca "quipileña" por cartón, midiendo "a ojo" el peso y volumen en "puchos, atados y manojos" de ambos insumos, hasta que la fruta se agotó y el taller cartonero estuvo atiborrado de material para empastar, o mejor, encartonar sus libros. Un proceso de trueque que va de los cultivadores de fruta a editores-recolectores de cartón que ahora fungen como "cultivadores de libros".

Si bien la compra de fruta hizo posible el trueque por cartón como insumo para confeccionar los libros (al tiempo que una y otra experiencia nutrieron sus contenidos), los intercambios no terminan en la materialización de los mil ejemplares que componen la edición de Libro Contable.

Una vez elaborados los contenidos con las creaciones literarias de Julio Espinoza, materiales procedentes de las transacciones económicas involucradas, y una selección de registros fotográficos y video que documentan el proceso del grupo elaborados por Carlos Amézquita y Deivis Cortés, el siguiente paso es entregar ejemplares a los contribuyentes de fruta y cartón, y compartir la experiencia con nuevas personas y públicos: primero, a través de un evento de reencuentro con la población de La Virgen, en Quipile donde se entregarán varios ejemplares del Libro Contable; luego, se llevará a cabo un nuevo trueque por las calles del Siete de Agosto, solo que ahora se cambiarán libros por mas cartón para proyectos futuros; y, por último, en el Museo de Arte Contemporáneo Minuto de Dios, se realizará una exposición (compuesta con libros, videos, textos y fotografías) que presentará a otros públicos las múltiples instancias de intercambio y creación que se llevaron a cabo en el proceso del proyecto, a la vez que servirá de plataforma para intercambiar ejemplares y poner en marcha otras ediciones a través de los talleres dirigidos por Amapola Cartonera en las salas del museo, donde también será dispuesta una pequeña biblioteca con los libros que el grupo ha editado hasta el momento.

De esta manera Libro contable se inscribe en la consolidada línea de becas y premios dedicados a la relación "Arte y Naturaleza" que, con diferentes nominaciones, enfoques y escenarios ha promovido el Distrito Capital a través de sus entidades e instituciones en los últimos quince años. Por ejemplo, "Ciencia, arte y naturaleza" y "Cuerpo, arte y naturaleza" fueron los nombres de las convocatorias que derivaron en exposiciones colectivas en el Jardín Botánico José Celestino Mutis hace algunos años; luego se llevaron a cabo varias versiones bajo el mote "Historia, arte y naturaleza" realizadas

en la Quinta de Bolívar*. Desde 2012 este programa ya no se encuentra enfocado a la programación de intervenciones en espacios específicos de museos o instituciones culturales y, a cambio, se ha enfocado a otorgar becas de creación para proyectos artísticos de carácter multidisciplinar donde se involucre al menos dos áreas artísticas (literatura, artes plásticas y audiovisuales, en el caso de Libro Contable), y a estimular procesos creativos que establezcan diálogos directos entre el trabajo propiciado por artistas y esferas de lo público donde es posible establecer vínculos con comunidades y ejercicios de conciencia en la ciudadanía.

Libro contable, tal como su nombre lo indica —a diferencia de muchas intervenciones o proyectos ganadores de esta convocatoria en sus ediciones anteriores—, resalta un problema de la economía en relación con el territorio y la producción agrícola, sin descartar acepciones de tipo histórico que apelan a tradiciones y modos de la cultura popular en torno al comercio de víveres; pues partió de un señalamiento sobre problemáticas en el intercambio económico de los productos del campo en la ciudad, y lo hace involucrando en su proceso esa misma realidad, de manera directa y material. Además, las acciones que implica el proyecto ponen de presente cómo en todo intercambio de bienes y productos hay también un intercambio de saberes, y en este caso particular, ese intercambio se da en tres pasos: entre campesinos de Cundinamarca y artistas de Bogotá; entre éstos y trabajadores y residentes de un barrio popular; y entre todos aquellos y el público y/o lectores del Libro Contable en Bogotá y Quipile.

* También vale mencionar que producto de estas experiencias hoy existen proyectos similares impulsados por la Facultad de Artes ASAB en el Jardín Botánico y el programa de Artes Plásticas de la Universidad de los Andes en la Quinta de Bolívar.

Todo esto en un contexto de contemporaneidad en el que (particularmente durante el último año) han sido imperativas las reacciones de comunidades campesinas ante los efectos de los tratados de Libre Comercio firmados por el Estado colombiano y otras políticas económicas dirigidas al sector agrario, que afectan no solo economías locales sino formas de vida; como recientemente lo han señalado varios procesos de colectivos artísticos en la ciudad, que actualmente manifiestan un interés coincidente en estos conflictos, el equilibrio ambiental, y otros problemas cada vez más visibles y urgentes como la soberanía alimentaria y la liberación de semillas.